

La enseñanza de la historia en los países iberoamericanos

José A. de la Puente Candamo

Dentro del tema general del VI Congreso de la Asociación Iberoamericana de Academias de la Historia, “La enseñanza de la historia en los países iberoamericanos”, la comunicación que presento no es un desarrollo teórico de la materia, sino el análisis del testimonio peruano.

¿Para qué enseñamos historia? La respuesta es obvia y la vivimos, tal vez, de manera uniforme en nuestros diversos ambientes nacionales. Estudiamos historia para comprender el pasado. Pero cabría una repregunta ¿por qué? El pasado –insistiré más tarde en la misma idea– es un factor capital integrante del mismo presente. No podemos conocer nuestra vida, si desligamos el pasado del presente. El objetivo de la enseñanza de la historia está orientado a que el alumno comprenda el mundo en el cual ha nacido, en el cual vive, del cual él es parte integrante. Antes del nacimiento, desde el instante de la concepción, el ser humano ingresa a un mundo histórico; ingresa a un conjunto de recuerdos, de valores, de formas de conducta; el hombre es un ser histórico. Estudiar historia es como una manera de estudiarse uno mismo y de reflexionar en el contorno de la propia vida personal y de la vida comunitaria de la cual uno es parte.

La buena comprensión de la historia, no la simple repetición memorística de hechos pasados, permite al hombre un sereno arraigo en la vida de todos los días.

El hombre no es una abstracción; es la persona singular, irrepetible, que en su vida, al “hacer su historia”, desarrollará un conjunto de acciones y de posibilidades, de acuerdo con su misma naturaleza humana.

Entre las múltiples dimensiones de la persona –intelectual, religiosa, social, histórica, física– la historia es parte central de la condición humana; se dice y

se reitera, el hombre es un sujeto histórico; es obra de la historia y el mismo hace historia. Importa reflexionar en contorno de estas viejas ideas para subrayar por qué enseñamos historia.

Podemos plantear el problema a la inversa. ¿Qué pasaría si no enseñáramos historia? En esa hipótesis la persona humana no conocería su origen temporal, no conocería el mundo en el cual ha nacido, y del cual forma parte, no conocería el origen de la familia a la cual pertenece, su lengua, sus valores, sus vivencias. Un hombre en esa situación se transformaría en una suerte de persona sin memoria, se convertiría en un amnésico, en una persona sin arraigo, con un conjunto de inseguridades. En suma, estudiamos historia para comprender mejor cómo somos, por qué somos de este modo, cuál es realmente nuestra vocación.

Es necesario transmitir la verdadera necesidad de los estudios históricos; estudiar historia no es un adorno simpático, un ejercicio de rutina memorística; estudiar historia es penetrar con mayor fuerza en la intimidad de la misma persona y de la sociedad de la cual forma parte; estudiar historia es una forma de reflexión sobre uno mismo y sobre su comunidad. Un hombre ignorante de su propia historia no será evidentemente un hombre culto, tendrá una grave limitación, no sólo en el orden intelectual sino también en el orden del comportamiento.

Frente a corrientes intelectuales y sociales que hoy buscan una preparación intelectual muy ligada a lo estrictamente técnico y profesional, no sólo es importante, sino absolutamente necesario, fortalecer la presencia de los estudios de historia en todos los ambientes donde se otorgue formación profesional de un tipo o de otro. Estudiar historia es semejante al estudio del lenguaje, de la religión, de las matemáticas; es el estudio de una de las notas que pertenecen a la identidad de la persona, antes que ingeniero, médico o electricista, existe la profesión de hombre, y en esa profesión los estudios históricos son un factor absolutamente irremplazable.

Aquí es muy urgente afirmar en nuestros ambientes pedagógicos cómo, antes de cuestiones de técnicas educativas o de metodologías, importa la formación de la misma persona, la formación del hombre. Crisis sería en la sociedad actual es la excelencia de la formación profesional unida a unas abrumadoras carencias en el orden de la formación de la persona. Es indispensable afirmar y defender la presencia del hombre culto; hombre culto no es el que sabe más cosas o el que tiene una memoria con un registro más amplio de nombres y de datos; hombre culto es el que tiene una jerarquía en la cabeza, es el que sabe qué es primero y qué después, es el que tiene una fina sensibilidad social y solidaridad humana, es el que entiende que todos los hombres somos iguales en tanto que hijos de Dios. Es urgente en la sociedad actual fortalecer la

“profesión de ser hombre”, antes que la específica dedicación o especialización. Y la historia es un capítulo que no se puede omitir en este estudio del hombre por el hombre mismo.

¿Por qué estudiamos el pasado? Estudiamos el pasado porque no es solamente el antecedente de cuestiones del presente, no es sólo un ejemplo, o un factor útil para establecer analogías; estudiamos el pasado porque es parte esencial de nuestro presente. Como bien dice Xavier Zubiri, el pasado no muere, vive en el presente no sólo como un recuerdo sino como parte de nuestra misma realidad. Estudiar el pasado es una manera de estudiar el presente no sólo por el análisis de las causas de los hechos, sino porque estudiamos factores o ideas o cuestiones que están presentes en la hora actual.

Se trata de considerar lo pasado. Se trata de considerar lo pasado como parte de mi vida; lo bueno, lo malo, lo indiferente, todo lo que ha sucedido en mi país, en mi medio, me pertenece; no puedo establecer una separación que permita considerar como mío lo que me es grato y rechazar lo que entiendo desagradable.

Una reflexión sobre lo anterior es muy importante para entender las reacciones de la juventud en nuestro tiempo. Yo no soy responsable del pasado – dice un estudiante–; yo nada tengo que hacer con lo que ha sucedido antes de que yo naciera; yo voy a construir un mundo distinto; yo rechazo todas las injusticias que han sucedido en el pasado. Planteamientos de este orden llevan a actitudes muchas veces gravemente erróneas. Puede ser el caso del hombre que niegue el pasado de su país porque lo ve sombrío o lo advierte injusto; y ese negar el pasado de su país, representa o tiene como consecuencia un debilitamiento de la propia vivencia histórica de las ideas y de los sentimientos centrales sobre el propio país. Me pertenece y es mío todo lo que ha sucedido en mi país, todo sin limitación, no porque yo lo vea grato o simpático, sino porque es mío en la continuidad histórica; igual que en la propia familia, un antepasado que pueda ser ingrato por alguna circunstancia, no por ese factor deja de ser un antepasado; en el fondo, es urgente fortalecer la solidaridad con el pasado. Es lo que dijo el poeta Péguy en ocasión de la primera guerra mundial, cuando afirmó que todo lo que había sucedido en Francia en todas las edades le pertenecía y él lo entendía así.

Estas consideraciones teóricas sobre el pasado y sus consecuencias prácticas deben llevarse a las clases y a los alumnos, con delicadeza y con tino. No se trata de hacer abstracciones ni desarrollar estudios de filosofía de la historia, impertinentes en la vida escolar; se trata, más bien, a través de ejemplos y a través de lecturas, a través de analogías y de experiencias que deba presentar el profesor, de llevar al alumno a ese convencimiento de cómo el pasado de su

propio país, bueno, malo o pésimo, le pertenece; y esa vivencia del pasado fortalecerá al mismo tiempo la vivencia de su propio país en la hora actual.

No se trata de vivir con asombro y con pasmo las grandezas gloriosas de una nación, como si estuviéramos siempre en una ceremonia de exaltación patriótica. Se trata, con sencillez y con modestia, de aceptar que el pasado no puede cambiarse; como fue nos pertenece, con sus riquezas y con sus defectos, y no debemos ni sentirnos distantes de ese pasado, ni menos negarlo o verlo como causa de una concepción pesimista del propio país.

Lo particular y lo común

En la enseñanza de la historia nacional, sobre todo en el nivel escolar, es muy necesario no presentar al propio país aislado y distante del resto del mundo. Para el caso de nuestros países iberoamericanos, es muy importante afirmar la propia historia de cada país, pero también estudiar los temas comunes a los países del mismo medio cultural. Es fácil, en una u otra etapa de la enseñanza de la historia, subrayar los temas comunes; sobre todo en el tiempo hispánico. Tampoco es difícil ver en la república, no obstante contradicciones y conflictos, momentos interesantes de concordia y unidad.

Importa, además, crear en el alumno la idea de que el mundo iberoamericano no es simplemente una afirmación del lenguaje, sino que es expresión de un riquísimo contenido histórico. Es necesario, no sólo para nuestra formación histórica, sino para nuestra actitud ante la vida, enaltecer lo que nos une y estudiar también lo que nos separa. Pero constantemente hay que transmitir en las clases esa visión de una historia, de un mundo, que nos es común.

Los alumnos entenderán muy bien el nacimiento de la realidad iberoamericana. Es fácil mostrarles en las clases cómo de la pluralidad de las distintas culturas prehispánicas, poco a poco, en el transcurso de trescientos años, se forma un estilo de vida, una manera de comportamiento humano que tiene raíces comunes, y que es a la postre el nacimiento de la sociedad iberoamericana.

En este tiempo de una mayor integración regional, es muy necesario que al estudiar la vida del propio país, poco a poco, se advierta la presencia de un todo mayor que es la historia de Iberoamérica, que es nuestra, que nos pertenece.

De otro lado, es importante no insistir en el estudio de una historia iberoamericana orientada a los sucesos externos políticos, militares, o a los sucesos extraordinarios; importa ver las líneas comunes que han existido en el pasado,

los valores que nos asocian en el presente, los ideales de vida que compartimos, no obstante los matices y circunstancias particulares. En suma, es muy necesario que el alumno no entienda la historia de Iberoamérica como una historia ajena, sino como parte de la propia vida, como un factor que nos pertenece.

La enseñanza del propio mundo prehispánico

Esta materia debe merecer en la enseñanza una atención muy especial. Evidentemente no es asunto común a todos los países iberoamericanos; unos tienen un pasado prehispánico más denso y prolongado que otros. Puedo hablar de la experiencia peruana.

En nuestros centros educativos de diversos niveles, lo importante es que el profesor le descubra al alumno que las piezas de cerámica y el tejido, el muro viejo de adobe, el fragmento de metal, son testimonio de un esfuerzo de siglos y milenios por dominar el territorio que hoy es del Perú, y por crear una morada amable con los elementos necesarios para la seguridad del hombre. Si el alumno advierte el esfuerzo de ese abuelo distante y sin nombre, puede entender el vínculo con esas edades muy remotas. Tiene menor importancia memorizar elementos externos de las muestras materiales que propone la arqueología; lo importante es conocer este esfuerzo por el dominio del territorio, que es realmente una epopeya en la historia de nuestros países.

Además, es interesante que el alumno vea cómo la patria tiene de verdad su origen en ese mundo del cual no se conoce el nombre propio de un hombre o de otro. No conocemos referencias personales plenas, pero sí tenemos la suficiente información para saber cómo esa gente se esforzó para transformar un medio que hoy es nuestro.

La historia de la vida cotidiana

Sabemos cómo es una corriente muy amplia en la historiografía de los últimos años la que se orienta al estudio de la vida cotidiana. En el caso de nuestros países creo que la experiencia es interesante y largamente provechosa. El estudiante ya no ve la historia en el "monumento", como visión de sucesos famosos, sino que la reconoce en su casa, en el ambiente que lo circunda. Los ejemplos pueden ser múltiples; explicar cómo vivía una familia, de uno u otro de nuestros pueblos, en el siglo XVI o XVII, o en el siglo pasado, o al principio de esta centuria; cuál era el horario de esas familias, cuáles las diversiones, cuáles las lecturas, cuáles las enfermedades, los temas de conversación, las noticias; todo este conjunto de información le permitirá al alumno descubrir que

la historia se expresa en su propia vida personal, el alumno se va a encontrar con la historia en la "vivencia" de los recuerdos —que son historia— de su propia familia. Igualmente, el análisis de diversos aspectos de la historia de la ciencia —el caso de la medicina, por ejemplo— puede mostrar en nuevas técnicas, medicamentos, etc. la presencia de la historia.

Tal vez este campo es uno de los mejores para que el alumno entienda el enriquecimiento de una ciencia que tanto tiene que hacer con la vida familiar; la tipificación de enfermedades, el diagnóstico —entre otros— son aspectos fascinantes para que el alumno conozca cómo la historia no se reduce al recuerdo de las grandes figuras, de los grandes sucesos, sino que está presente en los hechos ordinarios de la vida.

La historia de la vida doméstica es otra experiencia capital que muestra los avances de las últimas décadas de este siglo; la incorporación de toda la gama de electrodomésticos a la vida familiar es un elemento que se vive sin advertirlo, pero que importa para recordarle al alumno que también tiene su historia, que es parte de la historia. La transformación de las comunicaciones y el fenómeno de la simultaneidad de la información, es otro campo para mostrar al alumno la vigencia de lo cotidiano en los estudios históricos.

La historia regional

En este siglo XX los estudios de historia regional han adquirido una presencia significativa. Con muy valiosos trabajos que vienen del siglo pasado y con el apoyo de crónicas y de relaciones particulares, se ha ganado año a año mayor personalidad y fuerza en el interés por la historia regional.

En las ciudades y provincias del Perú, en este siglo XX, se han publicado y se publican monografías, visiones más generales, ediciones de textos, relatos específicos, que enriquecen el conocimiento pleno de la historia peruana. La historia regional ayuda a entender cómo es verdad que hay muchas formas de ser peruano, que no existe un prototipo rígido y estático, que puede ser expresivo de la nacionalidad; cómo la historia regional del Cuzco y del mundo surandino tiene peculiaridades muy diversas de lo que podría ser el mundo piurano o el mundo amazónico. La historia regional de uno y de otro ambiente nos ayuda a entender la pluralidad y la unidad de las cosas peruanas.

De otro lado, hay un matiz sumamente valioso en este afecto a la propia región, provincia, ciudad, que debe ganar el estudiante en el conocimiento de la propia vida en el ambiente en el cual ha nacido o en el cual vive. El cariño a la historia pequeña del barrio, de la ciudad, de la provincia, es la mejor ruta

para acercarnos al carño, a la totalidad del país. No sólo en las universidades de uno u otra provincia, sino en el colegio, debe ponerse énfasis en la historia específica del propio ambiente para que el estudiante en esa vida descubra lo peruano.

La historia del siglo XX

Tal vez en las dos últimas décadas se ha enriquecido el interés por estudiar el siglo XX. Se ha superado de algún modo ese temor a la historia de lo inmediato, y de otro lado ya se cuenta con los elementos necesarios para poder trabajarlo del modo más serio en cuanto a manejo de fuentes, y también con las cautelas suficientes para que las preferencias ideológicas o políticas no perturben el razonamiento científico.

Este estudio del siglo XX tiene una virtud muy particular. Igual en el caso de la historia de lo cotidiano y lo regional, el estudio de este siglo le muestra al alumno cómo la historia está próxima, inmediata, muy cercana; que la historia no es un asunto solemne y remoto, sino que realmente nos acompaña todos los días en nuestra acción humana.

El análisis de fenómenos ideológicos tan significativos en esta centuria, la transformación que en muchos órdenes de la vida significaron una y otra guerra mundiales, los avances científicos y técnicos antes comentados; el mayor fortalecimiento de la interrelación entre nuestros países, ésta y otras muchas materias pueden estudiarse con verdadero provecho en la centuria que concluirá en poco tiempo.

Desde otro ángulo, en el estudio de asuntos conflictivos o de temas especialmente delicados de este siglo, la labor del investigador y del profesor tiene que ser de una gran finura, y de una gran delicadeza, para aproximarse sin perturbación al descubrimiento y contemplación de la verdad.

La colonización española

En este conjunto de diversas reflexiones sobre asuntos metodológicos y materias de contenido en la enseñanza de nuestra historia iberoamericana, ésta de la colonización española es cuestión central para entender el origen de nuestras diversas nacionalidades y de nuestra cultura común.

Hoy día vivimos en muchos de nuestros países un replanteamiento más objetivo y sereno de esta materia. Tal vez, en cierta forma, se han superado los

enfrentamientos de los años 1930, 1940, 1950, cuando los estudiosos se polarizaban entre el mundo llamado indigenista y el mundo denominado hispanista. Tal vez se ha vencido de algún modo esa desviación histórica que se podría expresar en la leyenda negra y en la leyenda dorada del tiempo español en América.

Hoy en el Perú, la materia no está plenamente superada, pero sí hay corrientes poderosas que buscan en la enseñanza la integración del factor indígena y el factor español, y no la contraposición de uno frente al otro. Se ha superado en buena parte esa enseñanza terriblemente negativa que llevaba al alumno a escoger una especie de adhesión a lo indígena o a lo hispánico como un camino necesario para el conocimiento de la nacionalidad.

Obras fundamentales publicadas en este siglo por historiadores de la generación de los 900 y de la generación del centenario, han penetrado con mayor agudeza en una visión al mismo tiempo más amplia, más generosa, que no permite conocer mejor el origen de la nacionalidad.

Aparte de los abusos inherentes a toda guerra, y de los errores del tiempo de la colonización, lo cierto que una historia serena demuestra, de modo absolutamente palmario y evidente, es que el tiempo de dominio español, no sólo pertenece de modo inamovible a la formación de nuestros países, sino que no invita a un análisis sereno de esos siglos.

En el Perú ha ganado presencia la línea que explica cómo, al lado de hecho político y económico y militar de la colonización española, en una suerte de historia íntima y profunda, inadvertida para un observador superficial, principió en esos años la formación de una sociedad nueva. Con el fenómeno de la guerra de la conquista, con el dominio económico y político que se afirmó en el virreinato, al lado del proceso de la fundación de ciudades, de los avances en los descubrimientos geográficos, de la creación de instituciones de gobierno y de cultura, poco a poco, como sucede con las grandes materias en la vida la convivencia, difícil, dura, entre el hombre andino; el hombre español y el hombre negro, fue forjando poco a poco una manera de vivir que no es española, ni andina, ni negra, que definimos como mestizaje, que es el camino de nacimiento de la cultura peruana y de la nacionalidad nuestra.

José de la Riva-Agüero, Víctor Andrés Belaunde, Jorge Basadre, José Uribe García, José Varallanos y muchos hombres más, han estudiado esa transformación de la sociedad y de la historia peruana durante el tiempo de la colonización. Los cambios son múltiples; es la mezcla de sangres, es la incorporación de semillas, flores, frutos, árboles, animales, que transforman el paisaje, la agricultura, la alimentación; es el lenguaje que se enriquece día a día con los peruanismos

es el barroco indiano, es la pintura cuzqueña, son los retablos de Ayacucho, los mates de cualquier región del país, el toro de Pucará, la piedra de Huamanga, las alfombras de Cajamarca; todo en el arte popular es mestizo en el Perú; es la transformación de la vida en las casas con el ingreso del mueble y con elementos no sólo materiales sino espirituales que fortalecen la vida de familia; está la evangelización en la obra de misioneros, doctrieneros, estudiosos del quechua y hombres que penetraron en los ambientes más distantes del mundo de la época. Es el principio de una sociedad nueva, es el principio de una distinta manera de vivir.

Se puede añadir una reflexión especialmente valiosa. Esta formación de la sociedad peruana o de las sociedades de uno u otro de nuestros países, no fue asunto premeditado, ni sobre el cual existiera un proyecto; muy lejos de esto, nació una manera de vivir distinta, pero nació espontánea, naturalmente, como simple expresión de la vida. Nuestra nacionalidad no ha sido consecuencia de un fenómeno de entendimiento político de uno u otro carácter; la formación de nuestras nacionalidades es fruto espontáneo de la vida en el fenómeno de la colonización.

Estas reflexiones tienen mucho que ver con nuestra relación con el pasado. Aquí recuerdo lo que digo en párrafos anteriores; no podemos rehacer el pasado a nuestro gusto; no podemos negarlo o verlo de otro modo; el pasado nos pertenece tal como fue. En ese sentido el tiempo de la colonización española nos pertenece de manera intransferible, y en su ámbito germinaron nuestras nacionalidades a través del mestizaje, con sus defectos y con sus virtudes.

Las influencias ideológicas y políticas

En las décadas de 1960, de 1970 y en buena parte de los años 80, la enseñanza de muchas disciplinas y concretamente de la historia, sufrió en el país una indudable influencia ideológica y política. El curso de historia se transformó —en muchos casos— en un ejercicio de proselitismo, en el cual, antes que la verdad histórica, se transmitía al alumno, prejuicios, falsedades, sentimientos, que no respondían a la historia, sino al subjetivo planteamiento ideológico de uno u otro docente.

Este tiempo fue gravemente negativo y dañino para la verdadera comprensión de la historia. ¿Qué raíces históricas podía descubrir un alumno a quien se le explicaba que todo el pasado de su país había sido un ejercicio de explotación desgraciada, de odio, de triunfo del malo sobre el bueno? Este alejamiento del hombre de su pasado ha dejado una huella negativa que aún no se supera plenamente.

Nuestro pasado no ha sido apacible ni sereno; ha sido áspero en muchos ambientes y circunstancias, y se comprende que la solidaridad con él no sea fácil. Es urgente, por lo mismo, enaltecer por la vía del estudio y del convencimiento intelectual —que lleva de la mano al cariño— la solidaridad con todo el pasado tal como se presentó, sin alterarlo por subjetivismos o utopías.

En este campo tenemos que apelar a la formación de los maestros. Es de advertir cómo en nuestras sociedades, es tarea muy urgente, de la mayor significación, ésta de la formación de profesores de historia, que muestren una vocación lo suficientemente clara, que les permita superar influencias o afanes que perturben la calidad ética del maestro.

Los mitos

Desde muchos ángulos se puede hablar de los mitos en la enseñanza de la historia de nuestros pueblos. Puede tratarse de un mito que venga de una creación secular, o de un error alimentado a través de las generaciones; puede ser el mito que impida estudiar con objetividad, con serenidad un tema o un hecho histórico.

Tal vez, se pueda decir que en nuestro tiempo han sido vencidos algunos de esos mitos. Ya mencionamos el tema de las leyendas sobre la colonización española; asimismo se ha enriquecido el conocimiento de la verdadera significación intelectual del siglo XVII en la historia de nuestros pueblos; se han vencido también los mitos que recreaban a algunos personajes con una suerte de estilo extrahumano, que impedía estudiarlos con sus deficiencias o posibles errores. En estos campos hay factores positivos, y una voluntad o un ánimo más serenos para la aproximación a la verdad.

La enseñanza de cuestiones conflictivas

Algunas ideas que se han desarrollado en los párrafos anteriores pueden ayudarnos a penetrar mejor en este tema.

¿Cómo enseñar a nuestros alumnos materias que han enfrentado a uno u otro de nuestros países? ¿Cómo desarrollar esa enseñanza, sin enriquecer resentimientos, sin crear una historia falsa?

Este es uno de los grandes desafíos para el profesor de historia de Iberoamérica. En uno u otro caso, tenemos en la agenda de nuestras clases materias que tienen que hacer con enfrentamientos entre nuestros países hermanos. ¿Cómo explicar a los alumnos estas materias?

En primer lugar, la verdad de los hechos no se puede cambiar; lo que la historiografía de un país entiende sobre el origen de un suceso, sobre el comportamiento de una persona, sobre la circunstancia de tal o cual fenómeno, no puede cambiarse. Tampoco se puede postular la omisión, el olvido de temas que pueden ser difíciles o dolorosos.

Aquí lo central reside en el espíritu de la enseñanza; la versión de la historiografía de un país puede ser distinta de la versión de la historiografía de otro país con el cual se produjo un conflicto; esto es inevitable. Lo importante se encuentra en que el profesor en su libro o en sus clases, no encienda odios, ni use adjetivos innecesarios, ni fortalezca o enriquezca discordias. Lo importante se encuentra, igualmente, en no olvidar en las clases que esos enfrentamientos terribles o dolorosos, se han dado entre pueblos que son hermanos, pueblos que tienen, no obstante las luchas, más elementos comunes que factores contrapuestos.

No debemos fortalecer de modo alguno el odio, el resentimiento, el espíritu de venganza o de "revanchismo", visiones que no pueden aceptarse en un orden ético. Aquí tiene que desarrollarse una suerte de ascética cívica; tenemos que esforzarnos, violentar nuestra memoria y nuestros cariños, para decir que la vida de la hora presente y de los siglos futuros no puede orientarse al enriquecimiento de los odios o de los triunfalismos, sino al fortalecimiento de la historia común y de la conciencia de nuestro origen y vocación semejantes.

Un texto de Juan Pablo II, del 1 de enero de 1997, es sumamente ilustrativo e interesante para este tema y es oportuno transcribirlo ahora como una síntesis de lo que debería ser nuestra actitud. Asimismo, debemos recordar cómo el nacionalismo es una virtud humana; el cariño a la propia nación es, repito, una virtud, mas, el nacionalismo exagerado, el nacionalismo dogmático y dominante deja de ser virtud para convertirse en un factor de injusticia en la convivencia social.

Dice el Santo Padre: "... es verdad que no se puede permanecer prisionero del pasado: es necesaria, para cada uno y para los pueblos, una especie de purificación de la memoria, a fin de que los males del pasado no vuelvan a producirse más. No se trata de olvidar todo lo que ha sucedido, sino de releerlo con sentimientos nuevos, aprendiendo, precisamente de las experiencias sufridas que sólo el amor construye, mientras el odio produce destrucción y ruina. La novedad liberadora del perdón debe sustituir a la insistencia inquietante de la venganza".

El fenómeno de la globalización y sus efectos en la enseñanza de la historia

Debemos aceptar una premisa, el hecho de la globalización en múltiples órdenes de la vida, ya es una realidad. De otro lado, estimular el aislamiento no sería un objetivo correcto que pudiera defenderse en un orden de solidaridad humana, en un orden ético.

Frente a esas circunstancias las preguntas son múltiples. ¿Desaparecerá la historia como disciplina intelectual? ¿Las naciones y el sentimiento nacionalista desaparecerán de la tierra frente a un mercado universal y a unas comunicaciones absolutamente entretreídas? ¿El hombre en los siglos futuros será un signo en la informática o será siempre una persona en una comunidad histórica con nombre y vocación determinados? Evidentemente no es tarea del historiador responder sobre el futuro; pero sí es su misión plantear reflexiones, posibilidades, en uno u otro sentido.

La persona, la adhesión al propio medio donde se ha nacido y se ha vivido, la familia, la solidaridad humana, son calidades naturales, virtudes naturales que están por encima de la transformación de la civilización y que con nombres distintos o con accidentes diversos han subsistido y subsistirán a través de las edades, mientras el hombre exista.

Si creemos en la persona, obra de Dios a su imagen y a su semejanza, si creemos en la libertad de la persona, si creemos dentro de la filosofía cristiana que la persona tiene un fin trascendente, que no concluye en el temporal, no podemos afirmar que la persona, como realidad humana y social, desaparecerá. Cambiarán, no se puede desconocer la posibilidad, los marcos de acción de la persona; pleno ejercicio de su libertad, restricciones de ese ejercicio. No obstante la persona y su destino trascendente están por encima de las transformaciones de la ciencia y de la técnica.

La interdependencia será mayor entre los pueblos, la simultaneidad de información, las costumbres muy semejantes; igual será el caso de la difusión de la música y de las formas de distracción; todo eso ya es de algún modo una realidad; mas no significa de ningún modo la pérdida de la nación como conducta semejante entre los hombres que han vivido y viven en un mismo ambiente y que reconocen un pasado de algún modo común.

Lo que importa es subrayar las propias raíces, estimular la formación del hombre culto, tener conciencia histórica, cabal y reflexiva; con ese bagaje, ni el hombre, ni la familia, ni la nación se perderán en el mar de la globalización. Insisto en que lo fundamental aquí, y más entre naciones que no son hegemónicas en el mundo, es afirmar la propia idiosincrasia, la propia vocación.